

CAPITULO II

LA IDEA DE LO BELLO

- I. Definición y carácter de la belleza.—II. Las bellezas particulares en la naturaleza y en la humanidad.

I

Platón nombra siempre á lo bello fin del amor, al lado del bien y de lo justo; siempre pone en la primera categoría de las Ideas á esa «belleza primitiva que, por su presencia, hace bellas las cosas que llamamos bellas, de cualquier manera que esta comunicación se verifique». Esta belleza absoluta é inmutable apenas puede definirse, aunque sea un principio de definición para las bellezas particulares. Examinemos, no obstante, si se le puede atribuir alguna Idea ya de nosotros conocida, y si la belleza no contiene en su unidad esencial una pluralidad de atributos determinables. Exigid de un espíritu vulgar que defina lo bello en sí, y no dejará de confundirlo con los objetos particulares, en los que reside la belleza. Así, cuando Sócrates dirige á Hippias esta pregunta, el sofista responde groseramente que la belleza es una hermosa mujer. Semejante respuesta excita la ironía de Sócrates. «¿Cómo? ¿Una hermosa yegua no

es bella? ¿Una hermosa lira no es bella? ¿Y se puede decir que la belleza perteneciente á un objeto particular sea el principio de la belleza que existe en los demás? En tanto que no se salga de lo particular, no se conocerá la razón de lo bello. Por lo demás, la belleza de que habla Hippias no tiene nada de estable: una hermosa yegua es fea en comparación á una hermosa mujer, y una hermosa mujer no es bella en comparación á una diosa. Por consiguiente, ¿es esta la belleza absoluta, la belleza inmaculada.»

Hippias busca entonces, en vez de un ejemplo particular, algo más general, y supone que es el oro el que da á los objetos la belleza. Sabemos que este metal era de muy frecuente uso en los procedimientos del arte antiguo. Pero Sócrates responde que el marfil no es inferior al oro. El sofista comprende al fin que se debe abandonar el dominio de los objetos físicos, y pone la belleza en la meditación, en la riqueza, en una larga vida. Con todo, esta definición abarca aún demasiado poco; no conviene á los objetos de arte ni de la naturaleza. Sócrates propone entonces sus definiciones, que contrastan, por su generalidad, con las de Hippias. «Lo bello es lo conveniente; lo bello es lo útil.» Son las mismas definiciones dadas en los *Memoables*, de Xenofonte, y en muchos pasajes del mismo Platón, principalmente en el *Gorgias* y en el *Primer Alcibiades* (1). Sin embargo, Platón las rechaza aquí,

(1) «Para comenzar por los cuerpos hermosos, cuando dices que lo son, el sentimiento de júbilo que hace nacer su contemplación en el alma de quienes los miran, ¿no es motivado, ó por respecto al uso que se puede sacar de ellos, ó por la consideración de algún placer?... ¿No llamas del mismo modo bellas á todas las demás cosas, figuras ó colores, por el placer ó utilidad que traen, ó por las dos cosas á la vez?» *Gorgias*, V, 474, b, c, d.

lo cual ha parecido á los comentadores una contradicción. Pero hemos de considerar cuál es el verdadero objeto de la indagación emprendida en el *Primer Hippias*: se trata de determinar *lo bello en sí, que orna y embellece todas las demás cosas, desde el momento que participan en él, no lo que es bello, sino lo que es lo Bello*. «Todas las cosas bellas, ¿no son bellas por lo bello? Esto bello, ¿no es algo real?» Luego lo que el *Primer Hippias* busca es la determinación de la *Idea de lo bello*. Desde luego, el punto de vista socrático que considera las Ideas, no en su separación, sino en su *inmanencia*, se halla subordinado al punto de vista platónico de la *transcendencia*. Las definiciones de Sócrates, muy aceptables desde el primero de estos puntos de vista, son insuficientes, relativas y provisionales cuando se trata de lo *bello en sí*, uno, simple, absoluto. La conveniencia y la utilidad, aunque puedan, á los ojos de Sócrates y de Platón, ser puestas en comparación con las *cosas bellas*, de las cuales son inseparables en la medida en que estas cosas son bellas, no pueden, sin embargo, ser identificadas con lo *bello en sí*, del cual no son sino derivados y manifestaciones particulares (1). Porque las *cosas bellas* son, en realidad, las *cosas convenientes, útiles, agradables*, no se sigue que lo *bello en sí mismo* sea simplemente la *conveniencia*, la *utilidad*, el *placer*. Así, pues, la conveniencia es una relación entre muchos objetos, y, por consiguiente, entre las partes de un todo; pero, dice Platón, de dos cosas una; si las partes son bellas en sí mismas, su belleza no proviene de su orden ó armonía; si no son bellas, el orden sólo puede producir la *apariencia* ó el fenómeno de la be-

(1) «El filósofo jamás toma las cosas bellas por la Belleza misma.» *República*, V, loco citado.

lleza, y algo así como su *imitación*. Ahora bien; la belleza, en cuanto que *aparece* en los fenómenos que la imitan, no es el objeto del *Primer Hippias*. Este diálogo (como nos lo advierte formalmente Platón) versa sobre la belleza en su *ser* absoluto, sobre lo real de la belleza. El orden y la conveniencia hacen *aparecer* lo bello en las cosas, concedido; pero lo bello mismo es algo distinto de este orden y esta conveniencia, como el modelo es distinto de su imagen. De la misma suerte, la belleza en sí no son *las cosas útiles*, simples medios relativos á su fin. Sólo la bondad del fin da la medida de la utilidad del medio, y, por consiguiente, su belleza. Lo bello será, pues, solamente lo que es útil á un buen fin, lo que tiene *poder* para producir el bien. Pero esta última definición es todavía inexacta desde el punto de vista metafísico. Si lo bello es lo que produce el bien, lo bello es la causa y el bien se rebaja á la categoría de *efecto*. El bien no es, por lo tanto, ni independiente, ni primitivo, ni absoluto; en lugar de ser un principio y un fin, no es más que una consecuencia y un medio. Como se ve, la utilidad y la conveniencia sólo son el fenómeno y la forma sensible de lo bello. Lo mismo se aplica al placer. Si lo bello fuese lo agradable, los placeres más groseros y vergonzosos serían bellos, lo cual es imposible. ¿Diremos que lo bello consiste solamente en los placeres de la vista y del oído, que son los más puros, los menos perjudiciales? Caemos entonces nuevamente en la teoría de lo útil, ya apreciada (1).

Así, pues, ni el placer, ni la utilidad, ni la conveniencia, caracteres de la belleza particular, fenomenal é inmanente, no pueden explicar lo bello en sí,

(1) *Hippias*, pág. 298 y siguientes.

real y transcendente. El *Hippias*, diálogo puramente negativo, no da otras definiciones (1). Con todo, la doctrina de Platón sobre lo bello no es tan incomprensible como se pudiera creer. En primer lugar, si el principio de lo bello está en alguna parte, no será ciertamente en el mundo material, sino en el alma; hasta se puede decir que la belleza es un carácter del alma capaz de manifestarse bajo formas visibles: «¿Cómo no ha de ser absurdo que no habiendo nada de bello ni de bueno en el cuerpo, ni en ninguna otra cosa, *si no es en el alma sola*, el placer fuese el único bien de este alma (2)?» El alma es el principio de la actividad y de la vida; la belleza es, pues, algo viviente y fecundo. Este es su primer carácter.

(1) Esta no es razón para suponer con muchos críticos, incluso Grote, que Platón se goza en destruir por sus propias manos todas las teorías de los anteriores diálogos. Acabamos de ver que la supuesta contradicción proviene de una diferencia de cuestiones marcada por el mismo Platón. En vano este último previene al lector que busque, no *lo que es bello* (como lo útil, lo conveniente, lo agradable), sino *lo bello en sí que orna y embellece todas las cosas*; estas son palabras inútiles para los críticos, que sólo ven en los diálogos ejercicios de gimnástica intelectual. Platón, lejos de ser indiferente á los sistemas, es de tal manera sistemático, que establece una distinción profunda entre el punto de vista transcendental de lo bello absoluto idéntico al bien y el punto de vista inmanente y socrático de las cosas bellas (convenientes, útiles, agradables, etc.) Luego también el *Primer Hippias* tiende á las *Ideas*, como casi todos los diálogos de Platón, diga lo que quiera Grote. Notemos, además, que entre las definiciones de lo bello, hay una que no está explícita en el *Hippias*, sino que Platón sólo la deja entrever. ¿No ha demostrado que el bien debía ser principio y fin de lo Bello, y no efecto? Digámoslo otra vez: la mayor parte de las contradicciones é incoherencias que se cree ver en Platón son producto ó de la inatención de los críticos ó de su miopía.

(2) *Filebo*, 55, b; traducción Cousin, 452.

Sin embargo, no toda alma es bella, y la vida por sí sola, en el desenvolvimiento de sus potencias múltiples, no constituye la belleza. Debemos agregar un nuevo elemento, la unidad y el orden. En el *Timeo*, Platón nos dice que Dios hizo *un solo* mundo, á fin de que el mundo fuese bello y perfecto (1). Considera, por tanto, la unidad como esencial á lo bello, porque la unidad, asociándose á lo múltiple, produce la armonía y el orden. «*Nada es bello sin armonía*, dice Platón en el *Timeo*. *En todas las cosas, la medida y la proporción* constituyen la belleza como la virtud (*μετρίτης καὶ συμμετρίας*).» Pero este es un punto de vista puramente inmanente, aunque muy superior á los anteriores. De la inteligencia provienen el orden y la unidad en las cosas. Si así es, ¿no deberíamos decir que lo bello es el objeto mismo de la inteligencia: la verdad? Tal es la opinión atribuida á Platón por los que le atribuyen la célebre definición: *Lo bello es el esplendor de la verdad*. Esta definición, aparte de que no está justificada por ningún texto, no es la expresión exacta de la doctrina platónica. Sin duda alguna, la verdad y la ciencia entran en el número de las cosas más bellas; son afines á la misma belleza absoluta y parecen á primera vista confundirse con ella. Pero Platón dice formalmente en la *República* que hay una cosa aún más bella que la verdad y la ciencia: la Idea del bien. «Considera esta Idea como el principio de la ciencia y de la verdad; no te engañarás al pensar que la Idea del bien es *distinta* de ellas y las *supera en belleza*... La ciencia y la verdad tienen analogía con el bien, que es *de una categoría mucho más elevada*... Su *belleza* debe ser superior á todo

(1) *Timeo*, traducción Cousín, 120; 53, b.

encomio, puesto que produce la ciencia y la verdad y que es *más hermoso que ellas...*»

Si, pues, la belleza se halla en un principio superior á la verdad y á la ciencia, es inexacto llamarla el esplendor de lo verdadero, y más bien se le debe dar el nombre del esplendor del bien. Esta última definición se adapta perfectamente, si no á la letra, al espíritu de la doctrina platónica. El verdadero pensamiento de Platón, en efecto, es que la belleza es idéntica á la perfección ó al bien. Y no entiende solamente por esto, como han creído algunos intérpretes, el bien moral. Se trata del bien en sí, principio supremo de las Ideas. El bien absoluto y la belleza absoluta son para Platón enteramente sinónimos. Lo que se verifica total y perfectamente, παντελῶς ὁ, τέλειον, ἀγαθον, es bello. Los modernos mismos, ¿no emplean á cada instante una por otra las expresiones siguientes: perfección, ideal, belleza?

No se puede negar que Platón entiende la identidad de lo bueno y de lo bello en el bien moral; pero esta es sola una aplicación particular, más ó menos discutible, de una teoría puramente metafísica en su origen. Si se olvida que el bien es idéntico á la perfección, no se puede comprender la estética platónica. La identidad del bien y de lo bello es afirmada por Platón en una multitud de pasajes: «Todo lo que es bueno es bello», dice en el *Timeo*. Y en el *Banquete*, cuando describe en términos tan magníficos la belleza eterna, no engendrada y perecedera, la representa como el último término de la escala dialéctica, y, por consiguiente, como idéntica al bien.

Así, pues, desde el punto de vista absoluto, no hay diferencia alguna entre la belleza suprema y la suprema bondad. No obstante, si se considera la perfección

en sus relaciones con nosotros, lo bello podrá parecer un simple aspecto del bien. Tal es el sentido de esta frase del *Filebo*: «Si no podemos percibir el bien bajo una idea, percibámosle bajo tres ideas: las de la *belleza*, de la *proporción* y de la *verdad*.» Desde este nuevo punto de vista, la belleza es hermana de la verdad y de la proporción, y las tres son hijas del bien. En otros términos: el bien es la sustancia, la belleza el orden y la verdad son los atributos. El orden y la verdad son el bien en cuanto supremo Inteligible; la belleza es el bien en cuanto supremo Amable (*πρῶτον φιλόν*). De esta manera, la verdadera jerarquía de las Ideas está restablecida, y se comprende por qué Sócrates rechazaba con tanta energía la definición de Hippias, que hacía de lo bello el padre del bien, confundiendo así el *atributo*, el efecto, con la *sustancia*, la causa. En consecuencia, el bien y lo bello se identifican y se distinguen, según el punto de vista. El bien, el orden, la belleza, la verdad, están íntimamente unidos en el principio supremo de las cosas, aunque diferentes desde el punto vista lógico. No nos admiremos de que Platón los una y hasta los confunda muchas veces. A más de que le agrada desplegar toda la libertad de su imaginación y de su estilo, se diría que siente que el exceso de rigor en la expresión perjudique algunas veces al rigor mismo de las Ideas. En general, no gusta de definir todo lo que proviene de lo absoluto, ni el bien, ni lo bello, ni lo verdadero, porque toda definición abarca demasiado poco, y un principio no puede definirse. Ensayemos más bien encerrar la belleza en una definición, y veremos cómo la Idea rasgará muy pronto á nuestra vista la frágil envoltura en que hemos querido envolvernos.

Platón hubiese preferido identidades, tales como:

Lo bello es el bien. Su doctrina se resume en las proposiciones siguientes: *a)* Lo bello particular es el bien particular, conveniencia, utilidad, gracia, proporción. (Cuestión de la *inmanencia* á la cual se limitaba Sócrates.) *b)* Lo bello en sí es el bien sin cuya definición adecuada no pueda dar ninguna cosa particular. (Punto de vista de la transcendencia y de las Ideas, propio de Platón) (1).

II

Todos los caracteres de lo bello en sí, se hallan en las bellezas particulares que nos ofrece el espectáculo de la Naturaleza ó de la Humanidad. El mundo, *obra de un arte divino*, es bello, porque la suprema bondad le ha hecho *semejante á sí misma*. Su belleza emana de que contiene un *alma* y en este alma una *inteligencia*. Es un «animal visible y uno». Dios lo ha creado *solo y único; y del desorden ha hecho salir el orden*. Ha puesto en el mundo todas las especies de animales posibles, *á fin de que hubiese tantos como en el animal realmente existente*; de ahí la variedad del universo.

(1) Carlos Levêque, en su libro sobre la *Science du beau* (tomo II, pág. 167), rechaza la identidad de lo bello y de lo perfecto. Supone un ser que repose después de haber logrado su fin, y dice que este ser no será bello sin movimiento y sin vida. Pero, respondería Platón, el fin de un ser limitado no puede ser conseguido, de donde se sigue para este ser la necesidad del movimiento y de la vida, que forman por sí mismos parte integrante de este ser. Luego, desde el punto de vista de la inmanencia, los seres son tanto más bellos cuanto son más perfectos. De otra parte, desde el punto de vista transcendental, ¿diremos que Dios no es bello porque su perfección suprema excluye el movimiento? No, diría Platón, porque envuelve una actividad superior. Repitémoslo: perfección, belleza.

Variedad, unidad, orden, vida, alma, inteligencia, bondad; tales son los caracteres de la obra divina y de la belleza misma. El hombre es imagen de una Idea divina y, por consiguiente, de Dios mismo; porque los dioses inferiores que lo han creado han tomado á su padre por modelo. El hombre, ese pequeño *mundo*, tiene, como el mundo mismo, un cuerpo y un *alma*. Es preciso que entre estas dos partes haya armonía y proporción. «Cuando un cuerpo débil y ruin contiene un alma grande y poderosa, ó viceversa, el animal carece de belleza, porque carece de la armonía más importante; mientras que el estado contrario ofrece el espectáculo más bello y agradable que se puede contemplar.» La misma armonía debe reinar entre las partes del cuerpo y, sobre todo, entre las del alma. «Hay que establecer en sí el orden y la concordia y constituir entre las tres partes de su alma un acuerdo perfecto, como entre los tres tonos extremos de la armonía.» La virtud es, pues, la *belleza* del alma, «mientras que, por el contrario, el vicio es su *fealdad*, su debilidad».

Aquí se manifiesta del *bien moral* y de la belleza moral, aplicación particular del gran principio de Platón. En el *Gorgias*, lo bello y lo justo están identificados. En el *Filebo*, después de un análisis de la Idea del bien, Platón concluye diciendo: «La esencia del bien no cae, por consiguiente, en el dominio de nuestros conocimientos, y *habrá ido á unirse con la de la belleza*; porque en todas las cosas, la medida y la proporción constituyen la belleza, como la virtud.

Nada más fácil de comprender que esta identidad del bien y de lo bello en un griego. Recordemos, en efecto, el culto de los griegos por la belleza en general y por la belleza de las formas en particular. En su

admiración entusiasta de los artistas, juzgaban con frecuencia el carácter y las cualidades de los hombres por su figura y por su cuerpo. Para ellos, un orador de formas esbeltas, de gestos elegantes y gráciles, era ya semi-elocuente; un adolescente de rasgos dulces y delicados, pasaba con facilidad por honrado y virtuoso. No podían representarse el vicio sino bajo un exterior repulsivo. El tipo del cobarde en Homero, Tersites, es el más feo de los griegos. De ahí una sinonimia perpetua entre la virtud y la belleza, el vicio y la fealdad. Platón está impregnado de esta doctrina, y concepción de la belleza absoluta en el ser infinitamente bueno es como su consagración filosófica. Así hace pasar las mismas ideas al orden moral, trátase de acciones, de sentimientos ó de conocimientos.

La belleza puede hallarse en las acciones del hombre, ora espontáneas, ora reflexivas. El valor natural es bello, puesto que es una perfección, una virtud natural (*ἀρετή*). El valor libre y reflexivo es más bello aún. Los sentimientos son bellos cuando tienen algún objeto noble, como la *madre patria*, la virtud, la ciencia. Los conocimientos son bellos cuando se aplican á la verdad. «El que responde bien, es bueno y bello.» «El juicio verdadero, la ciencia, todos los efectos resultantes, son buenos y bellos.» «Es bello juzgar con verdad y vergonzoso juzgar falsamente.» Por tanto, la posesión de las Ideas en que toda verdad reside, constituye la belleza de lo inteligible, porque es su perfección. Así, *uno de los bellos conocimientos* es el que tiene por objeto los dioses. Justo es declarar ajeno á las cosas bellas al que no tuviese celo ni inteligencia por ésta. La más hermosa de las ciencias es, pues, la dialéctica y la intuición de las Ideas (*νόησις*). Los demás conocimientos, por ejemplo, los de la *διδασκαλία*

son tanto más bellos cuanto más se acercan á ella. Las matemáticas son las ciencias á que Platón concede más belleza. La perfección de las formas geométricas le encanta por el orden que manifiestan y los *números* que reflejan. Así, en el *Timeo*, celebra con entusiasmo las formas regulares y matemáticas de los cuatro elementos. «Vemos, dice, cómo estos cuatro cuerpos han llegado á ser perfectamente bellos... A nadie concederemos que se puedan ver cuerpos más hermosos que éstos...» Se puede llegar á tildar á Platón de haber insistido demasiado sobre la proporción y el orden, como elementos de lo bello, y haber sacrificado alguna vez á éstos los demás caracteres. Su espíritu geométrico le hará desconocer, en el ideal que traza de la sociedad perfecta, la belleza de los sentimientos naturales y de nuestra libertad.
